

cho de que, a pesar de sus proclamas, la República Dominicana continuaba con patrones culturales que no eran necesariamente hispánicos. El hecho es que los dominicanos se muestran preferentes a una inmigración blanca o hispana procedente del Caribe español, más que inglesa o procedente de Haití.

Atendiendo a ello, en determinados momentos, se dieran más facilidades a la inmigración puertorriqueña, concretamente en 1903 llegó a haber un importante número de trabajadores puertorriqueños trabajando en el azúcar, en la localidad de San Pedro de Macoris. A pesar de ello, la gran mayoría de trabajadores seguían siendo procedentes de Haití, los cuales, llegado un momento determinado, comenzaron a entrar masivamente de forma ilegal, multiplicando los problemas existentes. Según Juan Bosch, actual representante del partido opositor al gobierno de Balaguer, e importante historiador, la industria azucarera de caña, según fue establecida en la República Dominicana, no podía crecer sin causar violencias sobre la vida social y económica del país.

La base sobre la que se ha sustentado desde sus comienzos el trabajador, en un principio esclavo, procedente del exterior, supone una amenaza para la estructura social dominicana. Su permanencia en el país ha llegado a modificar la composición racial, al tener mujeres e hijos dominicanos. Pero, ¿qué ocurre hoy día en la República Dominicana? ¿por qué sigue cortando la caña el bracero haitiano, aun a pesar del enorme desempleo que existe en el país, y siendo como es la industria azucarera la principal fuente de empleo? Se trata simplemente de un problema económico; el empleo de dominicanos resultaría mucho más caro y, por tanto, menos rentable, desde el punto de vista económico, para el país.

Por otra parte, la industria azucarera está sometida al capital extranjero ya que, si bien una parte es capital estatal, el resto se reparte entre la Gulf and Western C^o y un consorcio italiano, ambos ajenos a la problemática que supone el empleo del haitiano y las consecuencias sociales que ello tiene en el país. La importancia de la mano de obra haitiana supone, sobre todo y ante todo, una maximización de los beneficios a obtener por la industria azucarera. Entramos con esto en el análisis de las condiciones materiales de existencia del bracero haitiano en la República Dominicana. Al suponer una maximización de los beneficios, el coste de esta mano de obra debe ser mínimo desde el punto de vista del empleador, sea éste el gobierno o los campesinos privados (aunque los presidentes de estas compañías se esfuercen en hacer ver que las condiciones de vida y trato para con los trabajadores en los ejidos privados son mejores que en los estatales, la diferencia es mínima). Lo cual supone un salario que únicamente garantiza la reposición de las energías físicas gastadas durante la jornada de trabajo, sin tener en cuenta las necesidades del trabajador como ser huma-

no. Esto es completamente ajeno al empleador. A ello hay que añadir, para entender el porqué del empleo de haitianos en la caña, el hecho de que las labores del azúcar no requieren ningún tipo de conocimiento especial, y pueden ser desempeñadas por cualquier persona. Con objeto de hacernos una idea del tipo de trabajo que desempeñan los haitianos, resumimos, a continuación, de forma breve, las típicas labores de la caña:

Picador: desempeña la tarea de cortar la caña por el tronco y desprenderse de las hojas, labor que realiza con la mocha. El picador trabaja de sol a sol y, en este tiempo, corta entre 2 y 3 toneladas. Estos trabajadores no suelen hablar español, lo cual resulta rentable para el empleador, ya que el hándicap del lenguaje les impide relacionarse con compañeros dominicanos, haciéndoles difícil una posible sindicación.

Carretero: se dedica a recoger las cañas cortadas y, posteriormente, apiladas en una carreta guiada por bueyes. Al igual que el picador, labora de sol a sol.

Vagonero: recibe del carretero la caña cortada para colocarla en vagones que, posteriormente, serán transportados. También realiza su trabajo de sol a sol.

Sembrador: es quien siembra la semilla. Esta labor la realizan los mismos vagoneros, carreteros y picadores, una vez finalizado su trabajo en la zafra, ya que la siembra se lleva a cabo en períodos muertos.

El resto de las actividades que afectan a la industria de la caña, y para las que hace falta una preparación más alta o, al menos, el uso del español, son desempeñadas por dominicanos; tal es el caso de los pagadores, pesadores y maquinistas.

El trabajo en la plantación es corrupto y de explotación para con los haitianos. En el período de la zafra, por 6 pesos, el picador tiene que cortar una tonelada de caña. Si el que la transporta es dominicano, para que lo haga antes de que la caña se seque, el bracero haitiano tiene que pagarle igualmente; cuando llega al dominicano que la pesa, se queda con la mitad de lo recaudado. Adentrándonos en lo que hemos llamado las condiciones materiales de existencia del bracero haitiano en la República Dominicana, hemos encontrado que, al igual que sucedía a principios de siglo, hoy se sigue negociando con los trabajadores haitianos importados. Actualmente, existe un acuerdo entre los Gobiernos haitiano y dominicano en lo que al movimiento de braceros se refiere. La única diferencia es que hoy ya se negocia con personas libres, no con esclavos.

En los tiempos modernos, el inicio de esta práctica se debe a Clément Barbot, jefe de los *tonton-macoutes*, el primero en encargarse de proveer de braceros haitianos a las plantaciones de caña de la República Dominicana. En 1958, el entonces presidente de la República Dominicana, Rafael

Leónidas Trujillo, firmó un acuerdo con su homólogo haitiano, François «Papá Doc» Duvalier, mediante el cual se neutralizaban los ataques respectivos en las fronteras. Pocos años más tarde, en 1966, ambos países fijaron las condiciones económicas para el reclutamiento de braceros. Esta práctica se ha venido realizando a lo largo de los años y de los gobiernos. Fue suprimida por el presidente haitiano Maniget en 1984, en protesta por las condiciones infrahumanas en que vivían los trabajadores haitianos en la República Dominicana. Esta suspensión duró poco, ya que, en realidad, la exportación de braceros no sólo supone un negocio para la República Dominicana, sino también para Haití. El Gobierno haitiano recibe mucho dinero a cambio de braceros (en 1989, 2.250.000 dólares por 19.000 braceros) y, además, la emigración supone una válvula de escape importante para un país superpoblado y con unas posibilidades de empleo nulas. Por ello, actualmente, es aún más fuerte el trasvase de mano de obra haitiana a la República Dominicana, ahora de forma ilegal, lo cual resulta mucho más rentable al gobierno dominicano ya que no tiene que pagar por los trabajadores ilegales. Existe un mercado de reventas internas de trabajadores haitianos. Hay, incluso, «coordinadores de ventas», pues se dedican a comprar haitianos y venderlos a intermediarios.

Las condiciones de vida de los braceros ilegales son deplorables. Muchos de ellos son apresados y llevados a trabajar por soldados del gobierno, los cuales recibían, en 1989, 15 pesos dominicanos por cada haitiano que apresaban. Actualmente, después de cada campaña, un trabajador haitiano que vuelve a su país, puede llevarse alrededor de 100\$ (USA) ahorrados; la mayoría de ellos, para poder ahorrar esa cantidad, se alimentan exclusivamente de arenques y plátanos. El haitiano es pagado mediante vales, lo cual está prohibido por la legislación laboral. Se trata de una fórmula que viene desde principios de siglo, y que es controlada por el ingenio azucarero. El bracero haitiano sólo puede usar esos vales en el Batey, el espeluznante campamento donde vive durante la zafra. En este lugar carecen de agua y de luz, viven apiñados en chabolas de madera, en una situación verdaderamente mísera. Los bateyes se extienden a lo largo y ancho de la isla y son todos ellos similares. Únicamente puede apreciarse alguna diferencia con los bateyes privados de la Romana, que algún día pertenecieron a la Gulf and Western norteamericana en la práctica. No tienen derecho de asistencia médica alguno, aunque ello figura desde hace tiempo en una de las cláusulas del contrato, pero todos saben que nunca se ha cumplido. También se han ignorado otras muchas cláusulas como la que hace referencia al tiempo de descanso para comer, o la aplicación de la ley de la maternidad a las esposas. Los braceros haitianos son obligados a pagar el seguro social descontándosele de su salario. Al término de la zafra, los

que vuelven a Haití pierden su condición de afiliados y, a la vuelta, han de comenzar de nuevo. También se les dificulta el derecho a la sindicación. La federación haitiana de sindicatos fue desactivada por el gobierno y sus integrantes deportados.

En las altas esferas relacionadas con la industria azucarera, a todo esto se le quita importancia. Se niega que los haitianos siguen pasando clandestinamente, lo cual es hasta irónico, ya que resulta evidente hasta para el visitante. Basta hablar con el pueblo. Los representantes del Consejo Estatal del Azúcar, el órgano que controla la industria azucarera, justifican el estado del bracero haitiano y echan la culpa a los precios actuales del azúcar en el mercado mundial. Se tapan los ojos ante la discriminación del haitiano y sólo alcanzan a ver lo barata que les resulta la mano de obra.

El problema del haitiano en la República Dominicana es mucho más profundo ya que, una vez terminada la zafra, trata, por todos los medios, de quedarse en la República Dominicana y no regresar a su país. Saben que, si vuelven, lo que les espera es aún más duro. Las condiciones de vida y trabajo del haitiano en su propio país son, si cabe, más miserables. Haití, que en su día fue una de las colonias más ricas del mundo, se ha convertido en lo que Jacques Barros ha llamado un «verdadero laboratorio del subdesarrollo». El medio rural es de extrema pobreza. Las privaciones que sufren los campesinos haitianos han sido objeto de un informe por parte de la UNESCO. Esto explica el porqué de su emigración a la República Dominicana, donde aun malviviendo, tienen la posibilidad de llegar a los 47 años, esperanza de vida de Haití. Como apuntábamos, la gravedad del problema reside, además, en el hecho de que el haitiano, al permanecer en la República Dominicana, ha llegado a constituirse en un colectivo significativo en la estructura social.

Cuando termina la zafra, el objetivo de todo haitiano es buscar trabajo para no tener que regresar a su país. Muchos de ellos se emplean en las plantaciones de café, donde las condiciones no son mucho mejores que en la caña. Algunos llegan incluso a la ciudad, donde trabajan en la construcción. Viven huyendo de la política y con el miedo de sufrir el conocido método del «perejil», en su día aplicado por Trujillo, y que consiste en obligar al haitiano a pronunciar la palabra «perejil». Estos tienen problemas con la «jota» y no son capaces de pronunciarla. Trujillo, en 1937, ordenó el exterminio de 40.000 habitantes por ese motivo. Es la conocida matanza del 2 de Octubre, que el pueblo recuerda bajo el nombre del «corte», porque murieron con la garganta cortada.

El odio hacia los haitianos sigue latente en la sociedad dominicana. La clase baja los rechaza porque, como señalamos anteriormente, supone una amenaza en el ámbito laboral. La clase alta, por su parte, teme perder su

hegemonía. En realidad, se trata de un rechazo a seres considerados distintos por el color de la piel, y quizás ello esconde una negación de los propios orígenes africanos del dominicano. Según el doctor Estévez, el dominicano teme al haitiano porque tiene miedo de encontrarse con el negro que es. Enarbolan su ascendencia española. Parecen olvidar que la antigua Española fue repoblada después de los enfrentamientos con los españoles, con esclavos negros africanos. Desde muy antiguo se ha construido un mito que ha cristalizado en un fuerte sentimiento antihaitiano y en un problema social importante y continuamente vivo en ambos países. Ante este panorama, han nacido, tanto en la República Dominicana como en Haití, organizaciones que denuncian constantemente la situación que se vive. Se pide ayuda a los organismos internacionales, con la esperanza de que, en un futuro, no demasiado lejano, las cosas comiencen a cambiar.

Marta Ruiz

